

CELCIT. Dramática Latinoamericana 346

MAL DE FAMILIA

Mónica Silver

PERSONAJES: M (1) / F (2)

Alba

Román

Aída

ESCENA I

Una escenografía que es claramente escenografía, nada parece real, todo tiene un aire de cartón pintado.

Es la sala de una gran casa venida a menos. Hay un juego de sillones desvencijados y desteñidos por el tiempo y tal vez una mesa ratona con adornos de mejores épocas.

Un juego de comedor con gran mesa y sillas.

Al fondo, un ventanal que da a la calle y por donde entra la luz de un día de otoño.

En la pared de la izquierda, una puerta da a un pequeño hall de recepción, que da a la puerta de entrada de la casa y otra puerta lleva a la cocina. Entre las dos puertas, un aparador, sobre este: un teléfono, algunos diarios y una tijera.

En la pared derecha otra puerta lleva al baño.

Hay una escalera y un piso superior. La escalera no tiene más de cinco o seis escalones. Y en el "primer piso" dos puertas llevan a los dormitorios de Román y Alba.

Alba, de pie, con guantes de goma puestos, extiende la tintura sobre el cabello de Román, que está sentado, con una toalla sobre los hombros para no ensuciarse la ropa. Debajo de la silla algunos diarios cubren el piso para que no se manche.

Alba canta un aria de la ópera Aída. Entona bien y lo hace con sentimiento, pero de un modo engolado y afectado.

Román tiene unos 56 años y todo el cabello, está un tanto venido a menos, pero es evidente que ha sido muy apuesto en su juventud.

Alba tiene unos 67 años y no ha envejecido bien, en su ropa se nota la falta de dinero y también de buen gusto.

Román es el propietario de la casa, ha sido un actor de éxito, galán de telenovelas y protagonista de importantes y serios sucesos teatrales, pero hace diez años que no trabaja.

Alba es la relativamente nueva pensionista, vive de su jubilación de enfermera.

Alba termina con la tintura y con el aria.

Román (Aplaudiendo)

¡Brava! ¡Brava! Alba, usted tiene una estupenda voz.

Alba

Siempre tuve buena voz, es algo de nacimiento.

Román

¿Conoce al maestro Gerardo Lisandres?

Román intenta sacarse la toalla

Alba

No, déjeme a mí, no vaya a ser que se manche. (Le saca la toalla) Ahora necesitamos esperar veinte minutos para que la tintura penetre.

Román levanta los diarios del piso, se cerciora de que estos estén limpios, vuelve a armarlos y los deja, junto a los otros, sobre el aparador, debajo de la tijera.

Alba

Mi marido era loco por la ópera. Yo sólo conozco esa aria, era su preferida.

Imagínese que le puso Aída a mi hija, al hijo quiso ponerle Radamés, pero no lo dejaron.

Román

La gente es ignorante.

Alba

Sí, igual nosotros siempre lo llamamos Radamés. Una noche fuimos con mi marido al Colón. ¡En medio de una lluvia...! Creo que era la tormenta de Santa Rosa. Las calles estaban inundadas, no había por dónde cruzar. No era un buen día para ir a ningún lado, pero mi marido insistió, porque daban una ópera que él quería ver...

Román

¿Aída?

Alba

Tal vez. Él estaba muy ilusionado, incluso ya había comprado las entradas. No de las caras. No se crea. Eran de las baratas. ¡Y caía un aguacero!... También el viento era muy fuerte, sobre todo cuando cruzamos la plaza...

Román

La Plaza General Lavalle.

Alba (Sin escuchar a Román. Hace memoria)

Esa que está enfrente del teatro...

Román (Sin escuchar a Alba)

Que recorre, exactamente dos calles a lo largo de Talcahuano y Libertad y una cuadra en el ancho, entre Córdoba y Lavalle.

Alba (Sin escuchar a Román)

Una sin juegos ni nada. Creo. (No recuerda) Bueh. ¡La Plaza era una cortina de

agua! Yo me había puesto unos zapatos nuevos. En realidad no eran nuevos, pero nunca los había usado antes y después nunca los pude volver a usar.

Román (Sin escuchar a Alba)

Miles de veces crucé esa plaza. Cuando trabajaba en el Cervantes.

Alba (Sin escuchar a Román)

Y eso que íbamos con paraguas. Pero igual, ¡con esa lluvia...! Un gran paraguas negro, con unos cuadros beige. Un paraguas muy bueno, el mango era de madera tallado. Años y años lo usó, un muy buen paraguas, pero en ese momento el viento lo dio vuelta, ¡y por poco salimos volando!

Alba y Román se miran y toman nuevamente conciencia de la presencia del otro.

Román

¿Y finalmente llegaron al Teatro?

Alba

Supongo que sí.

Román

¿Fue un buen espectáculo?

Alba

Supongo que sí.

Román

Qué bien.

Largo Silencio.

Román (Mirando en su reloj)

¿Ya habrán pasado los veinte minutos?

Alba (Mirando en su reloj)

Bueno, son las dos. Si cuando yo terminé era la una y cuarenta, entonces sí, ya pasaron.

Román

¿Y a qué hora terminó?

Alba

Bueno, eran aproximadamente las doce cuando volví de la farmacia con la tintura.

Román

No, Alba, no, eran las doce cuando salió hacia la farmacia a comprar la tintura.

Alba

Entonces supongo que estamos bien de tiempo.

Román

Supongo que sí. (Pausa) ¿Tendré que lavarme ahora?

Alba

Creo que es una buena idea.

Román

Entonces voy.

Alba

Lo espero aquí, quiero ver cómo quedó.

Román sale por la puerta del baño y vuelve a entrar, un segundo más tarde, con el pelo ya seco y sin canas, la tintura ha quedado bien. Román avanza directamente hacia el aparador, toma de arriba del mismo, papel de diario y tijeras y comienza a recortar. Es del tipo de recorte que luego al desplegarse

forma siluetas de personas, o casas, o figuras geométricas. Es muy habilidoso en esto.

Román

No insista, Alba.

Alba

Ay, señor Román, tiene que ir, usted es el invitado de honor. Imagínese. Y todos los preparativos que tuvimos... y el gasto...

Román

No insista.

Alba

Me da pena, con lo bien que quedó. Está igual eh, igual a cuando aparecía en televisión, como si el tiempo no hubiera pasado.

Román

Pero el tiempo pasó. No voy a ir. Estoy con un poco de sobrepeso.

Alba

¿Pero qué dice?

Román

Ya está decidido, no se hable más.

Alba

¿Y la tintura? ¿Y la corbata tan bonita que compró?

Román

Quedarán para mejor ocasión.

Alba

Qué pena. El otro día yo le decía a mi hija, que ella era chica pero igual lo

recuerda, porque nosotras lo veíamos siempre. El señor Román es igual, igual a como salía por la televisión, el tiempo ha pasado pero él sigue siendo un galán.

Román

Por favor.

Román termina con los cortes y despliega una larga hilera de hombrecitos.

Alba

Usted es muy buen mozo, yo sólo digo la verdad. Diga que yo ya estoy mayorcita. (Ríe de su chiste) Mire, ahora que ya hace un tiempo que vivimos juntos y tenemos más confianza se lo puedo decir, pero cuando yo buscaba un cuarto para alquilar, tenía muchos temores, imagínese, no sabía qué iba a encontrar; la idea de vivir con otra gente... porque mi hija ahora ya es grande, es una mujer independiente y quiere vivir sola. Y mi marido murió ya hace... (No recuerda con exactitud) mucho.

Román acomoda la tijera en su lugar sobre el aparador, hace un bollo con los hombrecitos de papel y se queda junto al aparador, como si este fuera un imán.

Alba

Mi marido murió joven, venía de una familia de corazón débil. En cambio mi familia es gente de campo, gente fuerte.

Román

Usted va muy seguido al hospital.

Alba

Por cositas de nada, en el corazón no tengo ningún problema. En mi familia tuvimos todo tipo de muertes, todo tipo, pero nunca por el corazón. Deberíamos comer algo, ¿no?

Román sigue pegado al aparador.

Alba

Usted se perdió el almuerzo. Qué pena, con las cosas ricas que sirven... La verdad es que tengo hambre, porque al final con lo de la tintura y todo eso, no pude desayunar y mire ya la hora que es.

Román se decide, abre con una llave el aparador y saca una botella de whisky y un vaso.

Alba

Deberíamos comer algo.

Román

¿Un whiskicito, Alba?

Alba

No, no. Nunca tomo.

Román

¿No?

Alba

No. ¿Usted almorzó?

Román hace un gesto de negación.

Alba

La heladera está pelada. Pensaba ir al almacén, pero al final...

Román

Sobró pollo de la cena.

Alba

Ay, pero ese pollo es suyo.

Román guarda la botella y el vaso nuevamente en el aparador y lo vuelve a cerrar con la llave que a su vez guarda en un bolsillo.

Román

Podemos compartirlo.

Alba

Gracias, qué amable. Le acepto, solamente porque a esta hora el almacén está cerrado. Pero de la comida de la noche me ocupo yo.

Alba va hacia la puerta de la cocina, en busca del pollo.

Román

Alba, me estaba contando sobre sus sentimientos de cuando buscaba un sitio para vivir.

Alba

Es verdad.

Pausa

Román

Dígame.

Alba

Sí. Cuando yo llegué a esta casa tan linda y supe que usted era el dueño, bueno, como le puedo decir... para mí fue una gran alegría, eso, una gran alegría.

Alba hace un nuevo intento de salir hacia la cocina.

Román

Para mí igual. (Pausa) Decidí alquilar el cuarto porque me lo sugirieron, la casa es grande y mi madre murió hace ya tres años.

Alba

Hay que ver qué encontramos para acompañar el pollo.

Román

Vamos a estar bien.

Alba (Va nuevamente hacia la puerta de la cocina)

Creo que tengo un poco de polenta.

Román (Continúa con su pensamiento)

Muy bien.

Alba

Polenta con pajaritos.

Alba festeja su propio chiste mientras sale.

ESCENA II

Es de noche, la sala está a oscuras. En el negro, se enciende la brasa del cigarrillo que está fumando Román y que por un momento le ilumina la cara. Se abre la puerta del dormitorio de Alba, dejando salir escasa luz. Alba entra, tiene puesto un salto de cama, se acerca a tientas hasta la escalera y enciende una luz, la lamparita permite a Alba ver los escalones, pero no ve a Román, que está sentado en un sillón bebiendo whisky y fumando. Alba sale hacia el baño. Román apaga el cigarrillo y se sirve lo último que queda de la botella de whisky, está bastante borracho. Se escucha, desde el baño, la cadena del inodoro. Alba entra y se sobresalta al ver a Román.

Alba

¡Qué susto, señor Román! Pensé que estaba durmiendo. A mí me despertó la vejiga, a esta edad tengo suerte si me levanto una sola vez en la noche, y después se me hace tan difícil conciliar el sueño. ¿Y usted, no puede dormir?

Román

No sé.

Alba

¿Quiere que le prepare un vaso de leche caliente? Eso siempre relaja.

Román

No se desvele, Alba.

Alba

Ya me desvelé.

Alba se sienta en un sillón. Román enciende otro cigarrillo.

Román

Tal vez sea mejor así. Porque estaba pensando... Alba, no va a funcionar. Esto de la convivencia... no va a funcionar.

Román da un sorbo de su bebida.

Alba

¿Quiere que le prepare un café? Aunque no sé, porque el café podría desvelarlo. Pero si quiere un café, para mí no es ningún problema, en un periquete se lo preparo.

Román

La boleta de luz vino más alta. Y no es que aumentaran, no, es que gastamos más kilovatios. Dos no es lo mismo que uno. (De un trago termina la bebida) No sirve.

Alba

Dígame lo que necesita, leche o café... Por mí no se preocupe. Cuarenta años trabajé de enfermera.

Román

No me sirve. Tengo muchos gastos. ¿Y por qué no los compartimos? No me sirve así. Es un mal arreglo. Hicimos un mal arreglo. ¿Por qué no los compartimos?

Alba

Sí los compartimos.

Román

Nadie cuenta con nadie ni comparte nada.

Alba

No diga así. Yo estoy feliz acá.

Román

Unos miserables pesos más no me resuelve nada. Nada.

Román apaga su cigarrillo, se incorpora con dificultad y tambaleando llega hasta el aparador dónde guarda la botella vacía. Mientras camina, niega y murmura.

Alba lo sigue, alerta y preocupada por su estabilidad.

Román gira y encuentra a Alba junto a él.

Román

¿Qué hace?

Alba

Para mí es importante que usted sepa que puede contar conmigo.

Román mira largamente a Alba y finalmente.

Román

Nadie cuenta con nadie ni comparte nada.

Román y Alba se quedan frente a frente viendo al extraño que tienen delante.

Román sale del hechizo camino a la escalera, tambaleando en el primer paso.

Alba lo sostiene previendo una caída. Román reacciona como si una brasa ardiente lo hubiera tocado, se desembaraza del brazo de Alba.

Román (Advirtiéndola)

No vuelva a tocarme.

Román sube las escaleras. Alba lo mira subir.

Alba

Por algo somos humanos, ¿no? A mí me gusta ocuparme de la gente, soy enfermera. Cuando yo vivía en mi pueblo, de eso ya hace muchos años, trabajaba para un doctor y pensaba que qué lindo sería trabajar en un hospital de la Capital, con muchos enfermos. Y fíjese usted que un buen día me llegó una propuesta, yo al principio me sorprendí...

Román sale hacia su cuarto y cierra la puerta.

Alba

Con una amiga nos habíamos presentado en el Fernández, que necesitaban gente, y nos tomaron. Eso es suerte. Dos jovencitas en la gran ciudad. Y aunque no lo crea éramos bonitas. Muy bonitas.

Alba queda perdida en sus propios pensamientos.

Por la ventana del living comienzan a entrar las primeras luces del día.

Suena el timbre del teléfono en el cuarto de Román. Alba presta atención al teléfono que sigue sonando. Finalmente deja de sonar. Alba va hasta el aparato que está en el living y lo levanta, pero éste no emite ningún sonido. Cuelga el auricular. Aguza el oído, en un intento por averiguar si Román habla por el teléfono, pero no escucha nada.

La luz de un día lechoso va llenando el living. Un escalofrío recorre el cuerpo de Alba, de pie, en medio de la sala, un tanto perdida. Va hasta el sillón y se sienta, mira en derredor y vuelve a ponerse de pie, se dirige hacia la escalera cuando el

teléfono vuelve a sonar. Alba se detiene, atenta a los movimientos del piso de arriba. El teléfono deja de sonar, Alba va hasta el teléfono del living y lo levanta, la línea no emite ningún sonido, lo cuelga y resignada va hasta la puerta de la cocina, allí se da cuenta de que ha equivocado el rumbo, entonces va hasta la escalera, la sube y desaparece en su dormitorio. En el escenario vacío, vuelve a sonar el teléfono, cinco timbres y deja de sonar.

ESCENA III

Es de noche, el living está apenas iluminado. Una luz sale del cuarto de baño que tiene la puerta abierta. La lluvia golpea contra el ventanal y el viento se filtra por los burletes viejos. Román sale de su dormitorio, con una botella vacía de whisky en una mano y en la otra la tijera y gran cantidad de recortes de figuras de diarios. Baja la escalera, lleva puestas ropas muy abrigadas, descubre una luz del living encendida y molesto la apaga. Entonces, ve que también la luz del baño está encendida, se acerca y toca a la puerta, nadie contesta.

Román

Alba (...) Alba (tocando la puerta).

Román abre con cuidado la puerta y mira en el interior, cuando lo descubre vacío apaga la luz y se aleja negando y murmurando. Se acerca al aparador y deja los diarios y la tijera. Abre con la llave una de las puertas y guarda la botella vacía junto a otras también vacías. Abre otra de las puertas y saca una botella llena. Sale Alba de la cocina con un vaso con agua y se dirige al baño, va muy abrigada y con bufanda, descubre a Román.

Alba

Creo que estoy por engriparme.

Román

Todas las luces estaban encendidas.

Alba enciende la luz del baño.

Alba

Disculpe, salí por un momento.

Román

Sólo recuerde no dejarlas encendidas. No queremos enriquecer a los señores de Edesur, ¿verdad?

Alba

Verdad.

Alba sale hacia el baño. Román se sirve una medida de whisky.

Román

No es tan difícil, con un poco buena de voluntad...

Alba grita desde afuera del escenario.

Román

¡¿Qué pasa?! ¡¿Está bien?!

Alba sigue gritando.

Román

¡Alba! ¿Me escucha? ¿Qué es lo que pasa?

Alba sigue gritando.

Román

¡Voy a entrar! ¡Alba, voy a entrar!

Román abre la puerta y se asoma.

Román

¿Qué hace ahí arriba? ¡Bájese, bájese, va a romper la tapa del inodoro!

Alba (Desde el baño)

¡Una cucaracha, una cucaracha!

Roman:

¿Dónde?

Alba (Desde el baño)

¡Ahí!

Román sale del vano de la puerta, la cucaracha está entrando a la sala.

Alba (Desde el baño)

¡Cuidado!

Román persigue a la cucaracha y la aplasta con el pie. Se queda mirando a la cucaracha agonizante, toma unos diarios y vuelve a golpear hasta matarla, la cucaracha se resiste, finalmente muere. Alba se asoma, con mucha precaución.

Alba

¿Está muerta?

Román

Sí.

Román tapa con los diarios la cucaracha muerta.

Alba entra y camina mirando el piso con mucho cuidado.

Alba

Hay otra.

Román

¿Dónde?

Alba

No lo sé, en algún lugar. Puedo sentirlo.

Román

Es sólo la impresión del momento.

Alba

Créame, hay otra. Necesitamos desinfectar. Esos bichos son terribles y si se instalan en el lugar, si hacen su nido, después es muy difícil desalojarlos.

Mañana, a más tardar, tenemos que comprar algún veneno, porque ellas son muy inteligentes y si uno las deja, así, sin más, ellas se enteran, entonces vienen y se procrean por cantidades, porque saben cuando una casa es segura.

Román

Bueno Alba, parece que fuera usted experta en cucarachas. Hace veinte años que vivo en esta casa y no es la primera vez que me encuentro con una, jamás eché algún tipo de veneno y sin embargo, como verá, no tenemos ninguna invasión.

Alba

Tuvo suerte.

Román

Entonces espero seguir teniéndola. Soy alérgico, y no tolero esos insecticidas.

Román recupera su vaso de whisky y va hacia su dormitorio. Mientras sube las escaleras, el teléfono que está en su cuarto comienza a sonar. Román se apresura y sale. Se escucha que ha atendido el teléfono, pero no se entiende lo que dice. Román asoma por la puerta de su cuarto.

Román

¡Alba, teléfono! Puede atender, ya le pasé la llamada.

Román sale hacia su habitación y cierra la puerta. Alba descuelga el teléfono que está sobre el aparador.

Alba

¿Hola? (...) Ah, hijita, ¿cómo estás? (...) En cambio, yo, tuve un día un tanto difícil, con este frío que se vino de golpe, ¿no? Y la casa es tan grande, parece una heladera. (...) Sí, hay algunas estufas, pero están apagadas. (...) No, en mi cuarto no vi, creo que no hay. Ayer por la noche mi cama parecía un cubito. Seguro me enfermé. (...) No, todavía no, pero me conozco, mañana, a más tardar, ya tengo fiebre. Hoy no me animé a ir al hospital, porque quién puede salir con esta lluvia, pero en cuanto pueda voy, necesito que me vea un doctor. (...) Y, voy a meterme en la cama, vos no te preocupes. (...) Sí, estaba. (...) (Bajando la voz) Escuché el teléfono y me imaginé que podías ser vos, ¿pero qué puedo hacer? Él está un poco deprimido y ya sabés, cuando la gente está así no sale del cuarto... no atiende el teléfono... (...) Es que tampoco lo pasa al living, tiene miedo que le gaste. Ah, hijita, antes que me olvide, ¿te acordás el nombre de aquel insecticida que usábamos? (...) Uno que usamos por años, lo comprábamos en el supermercado. No, no, se lo comprábamos al de la ferretería. (...) ¿Para las hormigas? Nosotros nunca tuvimos hormigas, sólo teníamos cucarachas. (...) Sí, parece que tenemos cucarachas. (...) Bueno, si te acordás del nombre avisame. (...) Claro, hablamos mañana. (...) Gracias, otro para vos.

Alba cuelga el teléfono y queda ensimismada, lentamente se acerca a donde está la cucaracha muerta bajo los diarios, la contempla y finalmente sube la escalera, se acerca al borde del pasillo que balconea sobre el living y observa el espacio. Comienza un lento vaivén, de atrás hacia adelante, atraída por el vértigo que le da la altura. El vaivén crece, se aferra a la baranda, que la ayuda en el impulso. La puerta del dormitorio de Román se abre, Alba se detiene, aunque sigue aferrada a la baranda. Román entra, con un abrigo puesto, dispuesto para salir a la calle.

Román

La invito con una pizza, ¿acepta?

Alba

¿No está lloviendo?

Román

Ya no. Podemos ir hasta la avenida, son unas cuadras, pero tienen una pizza a la piedra, de media masa, muy recomendable.

Alba

¿Y la que está en la otra cuadra, no es buena?

Román

Sólo la fugazzeta. La fainá es incomible y el flan no es casero.

Alba

Tendría que cambiarme.

Román

Está perfecta así. Póngase un abrigo y salimos.

Alba

Bueno, pero mire que voy a necesitar diez minutos.

Román

Aquí la espero, Alba.

Alba sale hacia su dormitorio.

Román

Alba. La esperaré hasta el alba, hasta el albor, hasta el amanecer.

Román mira el espacio evaluando la altura, desde el mismo lugar que lo hiciera Alba y como consecuencia de haberla visto.

Román (Reflexiona, enumerando)

Una cucaracha, una botella de whisky, un solo llamado en lo que va del día.

Alba (Desde el cuarto)
Era mi hija la que llamó.

Román
Sí, la reconocí. (Sigue enumerando) Comeremos una pizza. ¿Alba, va a acompañarme con un vinito?

Alba (Desde el cuarto)
Ay le agradezco, pero no tomo.

Román
Un vino. (A Alba) ¿Le gusta la fainá?

Alba (Desde el cuarto)
La verdad es que no, intenté, pero...

Román
Una fainá. (Atando cabos) Un año, parece que voy a terminar este año. (A Alba)
No tiene de qué preocuparse Alba, esa cucaracha fue una señal, no una invasión, ni ninguna otra cosa. Sólo una señal.

ESCENA IV

Es de tarde, una luz tenue entra por la ventana. Aída, 23 años, muy delgada, en un descuidado atuendo y con el abrigo puesto por el frío, ve el reflejo que la luz produce a través de una botella vacía de whisky. Deja la botella, junto a otras, bajo el sillón. Aburrida, mira la hora en su reloj, y deambula por el living, curioseando algunos objetos. Intenta abrir las puertas del aparador, dos están cerradas, abre la tercera y revisa el interior, controlando que Román no salga de su dormitorio, finalmente toma un salero de porcelana y se lo mete en el bolsillo. Todos los movimientos de Aída son lentos, con un mínimo de energía, como si estuviera dormida o anestesiada.

Se abre la puerta que da al hall de entrada y entra Alba, con su cartera colgando

sobre el pecho y varias bolsas viejas, de supermercado, en las manos. Cuando desde el umbral se cerciora de que Román no está, saca un insecticida de una bolsa y avanza con precaución, haciéndole señas a Aída para que no hable.

Alba (En voz muy baja)

¿Viste alguna cucaracha?

Aída

Detrás tuyo.

Alba pega un salto, suelta un gritito asustado y aprieta el spray. Busca la cucaracha, pero no ve nada.

Alba

¿Dónde?

Aída

Parece que se fue.

Alba

¡Qué pena!

Aída

Mejor, tal vez tiene marido, hijos. Hubieras destrozado una familia.

Alba

¡Tenés cada cosa! Las cucarachas no tienen sentimientos. ¿Te dije que tenemos cucarachas?

Aída asiente.

Alba (Por el insecticida)

¿Te parece que este es el que usábamos?

Aída asiente

Alba

Menos mal. (Guarda el insecticida en la bolsa y deja todo lo que trae sobre una silla) No sabés la cantidad de gente que había en el Hospital, por eso se me hizo tarde. Parece que el frío enfermó a todo el país y fijate, que cuando ya estaba por entrar me llama la señorita de la recepción, para que firme no sé qué cosa, y entonces pasó el visitador médico que estaba esperando, un hombre joven, simpático. Y yo con un dolor de hombro, porque el frío empeora todo.

Aída

Pensé que tenías gripe.

Alba

Tengo gripe, pero hoy tenía turno con el traumatólogo.

Aída estornuda.

Alba

¿Vos estás enferma también?

Aída

No, estoy perfectamente bien.

Alba

Hay que cuidarse. Medio país está enfermo, debe haber un virus. Cuando trabajaba en el Hospital, la cantidad de muertes que vi, y que comenzaron con una pavada. Uno empieza con un resfrío, que se complica con una gripe, entonces una neumonía y finalmente el funeral. ¿Querés tomar algo calentito?

Aída

No.

Alba

Menos mal, porque no tengo nada y como sabía que estabas acá y no quería dejarte esperando, bueno, no pasé por el almacén.

Entra Román desde su dormitorio, trae la tijera y una gran cantidad de siluetas de diario cortadas.

Aída

Ah. (Pausa y sin ningún dejo de reproche) Pasaste para el cucarachicida.

Alba

Ay, sí.

Román olfatea en el aire.

Aída

Sí.

Alba (Por las figuras de diario)

Señor Román, deje que mi hija vea esas figuras tan bonitas que hace. Digo, antes que resuelva tirarlas.

Román (Dándole las figuras)

No tienen ningún valor.

Alba

Es una linda manualidad.

Román

¿No hay un olor extraño?

Alba

¿Extraño?

Román

Sí, no puedo identificarlo.

Alba

No, no me parece. Cuando era chica, mi hija también era muy buena con las

manualidades. Una vez estuvo una semana haciendo flores de papel, cantidades y cantidades de flores de papel. (A Aída) ¿Te acordás?

Aída asiente.

Román deja la tijera sobre el aparador y se sirve una muy cuidada medida de la botella de whisky.

Alba

Las tuvimos en casa por años, eran muy alegres. (Mostrándole las figuras de Román a Aída) ¿No son muy lindas?

Aída (Nada interesada)

Lindas.

Román y Aída se miran.

Román (A Aída)

Bueno, me despido nena. Ya te estás yendo ¿no? (A Alba) La estuvo esperando un largo rato, tuvo suerte de encontrarme en casa, si no, ¿quién le abre la puerta? (Ofreciendo whisky) ¿Un trago, Alba?

Alba

No, no. Gracias. No tomo.

Román

Señora, señorita, no las molesto más. Adieu.

Román sale hacia la cocina.

Alba

Le tiene idea a los insecticidas. (Por las figuras) ¿Querés llevarlas?

Aída

¿Para qué?

Alba

Podés colgarlas en tu cuarto.

Aída (Ajena, sin el más mínimo cuidado, las guarda en su mochila)

¿Tenés diez pesos para prestarme?

Alba

Sí. (Busca en las bolsas la billetera.) ¿Y cómo te va en el trabajo?

Aída

¿Qué trabajo?

Alba

No sé.

Aída

No tengo trabajo.

Alba

Ah.

Alba encuentra la plata y se la da a Aída. Aída se sienta.

Aída

Me voy.

Alba

Chau hijita, gracias por la visita.

Aída se queda en el lugar.

Aída

Enrico está cantando mal. Para mí que está enfermo.

Alba

¿Nuestro Enrico Caruso?

Aída

Sí.

Alba

Pobrecito. ¿Qué tiene?

Aída hace gesto de no saber.

Alba

Dale manzana.

Aída

No la come.

Alba

Pobrecito.

Aída

Se va a morir.

Alba

No digas eso. No está bien.

Aída

Se va a morir. Si fuera pajarita... pero no, es pajarito. Todos se nos murieron, el Enrico Primero, el Segundo, el Tercero... El Quinto también se nos va a morir. Si hubiéramos tenido pajaritas no se hubiera muerto ninguna.

Alba

Cuando tenés razón, tenés razón. Se nos habrá deprimido. Es un problema con los hombres.

Aída

Un problema.

Entra Román desde la cocina. Se sorprende de ver a Aída.

Román

Pero qué visita tan larga. Con mi madre también, podíamos hablar días enteros.

Aída

Me voy.

Román

Es mejor que no te agarre la noche.

Román sale hacia el baño.

Aída se pone de pie.

Aída

Chau.

Alba

Chau, hijita. Abrígate.

Aída se queda en el lugar, como esperando algo y finalmente sale. Alba levanta las bolsas que quedaron sobre la silla. Mira en derredor buscando alguna cucaracha, por precaución saca el insecticida de adentro de una bolsa y con este listo para disparar avanza hacia la escalera.

Román sale del baño. Cuando Alba ve a Román ya es demasiado tarde para guardar el insecticida.

Román (Por el insecticida)

¿Qué hace Alba? ¡Quiere matarme!

Alba

Cómo se le ocurre.

Román

Soy alérgico, una gota de eso y muero irremisiblemente. Se lo advertí.

Alba (Levantando el insecticida)

Pero es inofensivo.

Román (Retrocediendo)

¡Aleje eso de mí! ¡No se me acerque!

Alba

Sólo quiero mostrarle. Ve, acá dice bien clarito, sólo para cucarachas.

Román

¡Usted no quiere entender, cualquier cosa que mate un insecto, también me mata a mí!

Alba

Pero si tenemos una invasión tenemos que combatirla.

Román

¡Esto no es la guerra! ¡Saque eso afuera!

Alba

¿Adónde?

Román

¡Afuera! ¡Abra la puerta y déjelo por ahí!

Alba

Algo tenemos que hacer. Tenemos cucarachas. Acabo de comprarlo.

Román

¡Saque eso!

Alba, resignada, desaparece por la puerta de calle. Vuelve a entrar con un gran sobre en la mano.

Alba (Por el sobre)

Dejaron esto para usted.

Román toma el sobre y lo mira a trasluz.

Alba (Mira por la ventana para ver si se llevan el insecticida. Para sí)

Alguien se lo va a llevar, porque está nuevo, recién compradito.

Román (Por el sobre)

Quieren que vuelva al teatro. Son perseverantes, les dije que no, pero igual me enviaron la obra.

Alba

Qué bien.

Román

Un protagonista... A veces la gente no entiende razones. (Tira la obra sobre la mesa) Qué ganas de perder el tiempo.

Román abre el aparador y saca una botella de whisky. Abre la puerta en la que estaba el salero y saca un vaso, mira adentro del mueble, extrañado.

Alba

A mí me gustaría trabajar, pero estoy jubilada. ¿Y en qué teatro va a estar?

Román

En ninguno.

Alba

¿No?

Román

No.

Román se sirve whisky. Abre nuevamente el aparador y mira dentro.

Alba

Qué pena. La gente lo recuerda mucho.

Román

Falta algo. No sé muy bien qué, pero falta algo. Estoy seguro.

Alba

Me acuerdo tan bien de esa novela que hacía... "Cuando cae la tarde". No me perdí un sólo capítulo. Trabajaba su mujer también ¿no? Ella, después se casó con este otro actor...

Román

Y también se separaron.

Alba

Ahá. Y no volvió a casarse.

Román

Sí, parece que le gustan las fiestas. Va por el cuarto matrimonio.

Alba

No, decía que usted no volvió a casarse.

Román (Mientras bebe, sigue buscando en el aparador)

¿No sacó nada de aquí, Alba?

Alba

Yo ese mueble no lo toco.

Román

Estoy seguro de que falta algo.

Román de un trago se termina la bebida. Se quedan mirando con Alba. Se sirve nuevamente. Da un buen trago.

Román (Por el efecto de la bebida)

Mejor. Mucho mejor.

Alba

Yo una vez antes conocí a un famoso, ¿Se acuerda de Marta Roldán?

Román

Sí, trabajamos juntos.

Alba

Qué mujer tan hermosa, el marido también era muy buen mozo y esos chicos, todos tan rubios. Una linda familia. Fíjese que él me trajo una caja de bombones, riquísimos, un hombre muy atento y ella muy dulce. Una noche que estaba de guardia la trajeron al hospital, había tomado algo, por poco se muere.

Román de un sorbo termina el trago.

Román

Después lo consiguió, vivían en un piso quince.

Alba sale precipitadamente por la puerta de calle y vuelve a entrar con el insecticida.

Román

¿A qué está jugando Alba?

Alba (Apuntando con el insecticida)

No voy a disparar, pero tampoco voy a dejarlo en la calle. Me costó cinco pesos, y lo quiero conservar.

Román

¡No en mi casa!

Alba (Escondiendo el insecticida debajo del abrigo)

Ya no está.

Alba comienza a subir la escalera.

Román (Azorado)

¿Me está tomando el pelo?

Alba (Subiendo la escalera)

Es por su bien.

Román

¡Saque eso de acá! ¡Alba!

Alba ha llegado al pasillo. Román sube las escaleras de dos en dos.

Alba

No se me acerque.

Román y Alba quedan enfrentados.

Alba

Si se me acerca disparo.

Román

Está dispuesta a matarme. A ver, dispare. Dispare.

Alba se queda unos segundos hipnotizada. Reacciona, llega hasta su cuarto y desaparece en él.

Román se queda mirando la puerta cerrada.

Román va hasta la puerta y golpea.

Del otro lado sólo llega silencio.

Román vuelve a golpear.

Román

¡Muéstreme cómo dispara! Muéstreme de lo que es capaz. ¡Abra! ¡Alba! Salga.

(Vuelve a golpear)

Román se queda unos segundos junto a la puerta. Finalmente entra en su cuarto, para salir rápidamente con una almohada y una manta que tira desde el pasillo-balcón hacia el living. Vuelve a entrar en su cuarto y sale con ropa que también deja caer. Va hasta la escalera y saca de un bolsillo cinta de embalar, comienza a unir una baranda de la escalera con la otra

Se abre la puerta del dormitorio de Alba, ésta se asoma con precaución, cuando descubre a Román vuelve a cerrar la puerta. Román sigue trabajando.

Alba vuelve a asomarse, pero esta vez para cerciorarse de que lo que ha visto es cierto.

Román (Sigue trabajando con la cinta)

He resuelto dividir la casa. De modo que la planta alta será para usted y la baja, para mí. Como verá, estoy previniéndonos sobre factibles futuros problemas de convivencia.

Alba

Quiere decir que... ¿yo no voy a bajar y usted no va a subir?

Román

Exactamente.

Alba

Disculpe pero... ¿Y... si necesito usar el baño?

Román

Usará el de arriba.

Alba

Pero el de arriba está fuera de servicio.

Román

¿Quién le dijo eso? Todo en esta casa funciona perfectamente.

Alba

Nunca lo usamos.

Román

Porque hasta el momento no era necesario.

Alba

¿Mi hija podrá venir?

Román

Por supuesto, Alba. Sólo estoy intentando evitarnos problemas. Podrá leer, descansar. De la comida me encargo yo, le cocinaré sanito, sin sal. Usted no tiene de qué preocuparse. La parte de arriba es más luminosa. Por su ventana entra el sol, ya lo verá en el verano, cada día, entre las once y las doce de la mañana entra el sol. Y su cama es muy confortable, fue la mía durante años. En cambio yo dormiré en el sofá. Créame Alba, estaremos muy bien de este modo, respetando la intimidad del otro. La casa es lo suficientemente grande como para permitirnos ese lujo. ¿No le parece?

Román mira el trabajo hecho, le parece bien, corta la cinta y guarda el carrete en un bolsillo, comienza a bajar las escaleras.

Alba

Qué extraño, así de pronto me acordé de un cuento que leía cuando era niña. En un libro grande con ilustraciones muy bonitas. Tal vez usted también lo leyó.

Román

Si no lo toma a mal, voy a prepararnos la cena. Me muero de hambre.

Román se encamina hacia la cocina, en el camino levanta las cosas que tiró desde arriba y las acomoda sobre el sofá.

Alba

Un cuento precioso. Seguro lo conoce. Era sobre una niña muy pobre. Muy pobre, que vende fósforos para sobrevivir. No me acuerdo si tenía un nombre, la niña esta, digo. Pero no tenía hogar, ni familia, creo. Vivía en la calle. Y una noche de frío terrible gasta todos los fósforos buscando algo de calor. (Para sí) Qué cosa. (A Román) Pero igual se muere. ¿Lo conoce?

Román

No.

Román sale hacia la cocina.

Alba se acerca a la escalera y mira el trabajo hecho por Román. Se asoma a la baranda, el living está vacío. Alba decide, con precaución, sortear la barrera.

La luz de un nuevo día entra por la ventana.

Desde la calle entra Román, en pijama y bata, con el diario bajo el brazo, un sobre abierto en la mano y leyendo una carta. Va hacia la escalera, en el momento en el que Alba intenta pasar su pierna por encima de las cintas de embalar.

Alba descubre a Román y con torpeza baja su pierna.

Román

Estampilla, papel, sobre. ¿Cuánto piensa que cuesta todo esto?

Alba, vuelve la pierna a su lado de la casa.
Por la puerta de calle entra Aída. Alba no la ve.

Alba

No sé. Hace mucho que no mando una carta.

Román

Y el trabajo de escribirla y de ir al correo. Hay gente que pareciera no tiene nada que hacer. Qué manera de perder el tiempo.

Alba

La gente lo extraña.

Román

Por favor Alba. Como si no hubiera más actores en la República Argentina. Ayer por la noche el director me llamó por teléfono y le expliqué claramente por qué no podía aceptar el papel.

Alba

La gente joven es así, cuando se les mete algo en la cabeza...

Román guarda la carta en el sobre, va hacia el aparador y ve a Aída.

Román (Impaciente)

¿Vas a saludar a tu madre, sí o no? (Para sí) Qué chica. (A Alba) Llegó su hija.

Aída sube las escaleras. Román se acerca al aparador y acomoda el sobre junto al libreto, saca una hoja del diario y comienza a recortarla mientras sale hacia la cocina.

Aída

Hola mamá

Alba

Hola Hijita. Sentate, ponete cómoda.

Aída se sienta en uno de los escalones de la escalera. Alba abre una silla plegable que dispone junto a la escalera y se sienta.

Alba

Contame, ¿hace frío afuera?

Aída

Bastante.

Alba

¿Y te abrigás bien?

Aída

Sí.

Alba

No te descuides, no dejes que te agarre ningún resfrío.

Aída saca un paquetito de su cartera y se lo da a su madre.

Alba

Ah, las limas. Gracias hijita.

Silencio.

Alba

¿Y el trabajo, bien?

Aída

¿Cuál trabajo?

Alba

El trabajo.

Aída

Sí bien. Muy bien.

Alba

Eso es importante. Espero que tengas un buen jefe. ¿Te acordás de Leonor?

Enfermera jefe por veinte años, una santa.

Aída (Sin el menor tono de burla)

Pero cuando se enfurecía...

Alba

... Lo mejor era no estar cerca. Qué suerte hijita, ya sos una chica independiente, con tu casa, tu trabajo. A veces pienso todavía en volver a casa, tenemos dos dormitorios, ¿no?

Aída

¿Vas a volver a casa?

Alba (Dudando)

No, no sé.

Aída

¿Vas a volver a casa?

Alba

No, nena, no. A tu edad es importante vivir sola. ¿No? No, no, no voy a ir. No te preocupes, no voy a ir.

Silencio.

Alba

¿Y cómo está Enrico Quinto?

Aída llora.

Alba

¡¿Murió?!

Aída

Todo sucede en julio. Las peores cosas suceden en julio

Alba

Las peores.

Aída

El sábado es mi cumpleaños.

Alba

¡Ya es tu cumpleaños! Cómo pasa el tiempo.

Aída

Sí. Voy a hacer una reunión. ¿Vas a venir?

Alba

Va a ir toda gente joven, ¿qué voy a hacer yo ahí?

Aída (Ausente. Sin reproche)

No sé. Bueno, si querés venir, venís.

Alba

Se van a divertir mucho más sin mí. El sábado es el cumpleaños de tu hermano, también. ¿Vas a ir a verlo?

Aída

¿Adónde?

Alba

Al cementerio. Podrías hacer unas flores de papel para llevarle, quedarían muy bonitas sobre la tumba. Quién lo hubiera dicho, todo un año. A Enrico Quinto podríamos ponerlo en la misma tumba. A tu hermano le gustaría.

Aída (Sin énfasis)

Yo quiero estar en esa tumba. Voy a matarme. Como los hombres de la familia.

Alba

No digas disparates.

Aída

Las mujeres también podemos matarnos.

Alba

No hijita, no podemos. Sacate esas ideas con peine fino. Ya vas a cumplir... Ya sos grande. Tenes que sentar cabeza.

Aída

No me digas lo que tengo que hacer.

Alba

Soy tu madre. ¿A quién tenés además? A nadie hijita. Estamos solas.

Aída (Para sí)

Solas.

Alba

Cuestión de genética.

Román entra desde la cocina y va hacia el aparador.

Alba

Los hombre se nos mueren. Mal de familia. (A Román) ¿Y su padre?

Román abre el aparador en busca de whisky.

Alba

¿Y su padre, señor Román?

Román

¿Que pasa con mi padre?

Alba

¿Lo tiene vivo?

Román

No sé.

Román se sirve una medida de whisky.

Alba

No lo ve.

Román

Bueno, digamos que hace unos cincuenta años que no se deja ver.

Alba

Mire usted. A mi marido le pasó igual, un buen día su padre se mandó mudar.

Pobre mi suegra, cinco hijos, uno peor que el otro.

Román da un largo sorbo de su vaso.

Alba

La salud. Todos le salieron con muchos problemas de salud. ¿Su padre era un hombre saludable?

Román (Sentándose en un sillón)

Si tenemos en cuenta que cuando él se fue yo tenía cuatro años y él tendría... unos veintisiete, veintiocho... Digamos que sí, que era un joven muy saludable.

Alba

La juventud no es sinónimo de nada. La de casos que vi en el hospital.

Román

En una proporción seguramente menor a la de la gente mayor. ¿No?

Aída

En nuestra familia no llega a viejo nadie.

Alba (Amable)

No digas pavadas, hijita.

Román

Alba, con su ojo clínico ¿en qué estado de salud piensa que estarán mi hígado y mi páncreas?

Alba

Señor Román, la medicina es una ciencia muy exacta, sin los estudios pertinentes yo no puedo decirle nada.

Román

Aproximadamente.

Alba

Aproximadamente. Le puedo decir que... teniendo en cuenta que su piel presenta una sequedad y un tono amarillento, que no puede controlar el temblor de sus manos por la mañana, que a lo largo del día tiene accesos de tos y que a pesar del perfume sus poros exudan alcohol... Bueno, puedo decirle que no sólo su hígado y su páncreas presentan síntomas, sino también su corazón y sus pulmones.

Román apura de un trago el whisky y se pone de pie con dificultad.

Román (A Aída)

Nena ¿te quedás a dormir vos?

Aída (Sin entender la ironía)

No.

Román

Entonces es mejor que te vayas. Se viene la noche.

Román, Aída y Alba quedan por unos segundos dónde están, como suspendidos en la nada, mirando sin ver a quién tienen adelante y a un mismo tiempo, Román sale hacia la cocina; Aída hacia la calle y Alba hacia su cuarto.

Es de día.

Román vuelve a entrar por la puerta de la cocina con una bandeja con comida entre las manos, se dirige hacia la escalera.

Alba vuelve a entrar con un abrigo que debe tener unos treinta años pero que esta prácticamente nuevo, un sombrero, cartera y algunas bolsas.

Román

¡El desayuno! ¡Alba! ¡Hora de comer! ¡La mesa está servida! ¡Ja!

Román sube las escaleras.

Alba-a lo largo del parlamento de Román- se prepara para salir.

Román

Fíjese que jamás tuve ocasión de decir ese parlamento, La mesa está servida. Mi primer papel fue un protagonista, a los veintidós años, y de ahí en más siempre protagonicé. (Por la comida) ¿Y, qué le parece? Jugó de naranja, café con leche, queso, tostadas. Sano, digestivo, rico en proteínas y minerales.

Román acomoda la bandeja sobre la silla que está del otro lado de las cintas.

Román

Qué elegancia, Alba. ¿Algún evento a festejar?

Alba

Cumplen años los gemelos.

Román baja a la sala para seguir en lo suyo.

Román

¿Qué gemelos?

Alba

Los míos. A Aída la conoce, Radamés está en el cementerio.

Román

¿Y qué hace en el cementerio?

Alba

Está enterrado. Hace un año que murió, justo el día de su cumpleaños. Yo estaba en la cocina, preparándonos la cena cuando escuché como un estampido; pensé que a Radamés se le había caído un sifón. Usted vio lo peligroso que puede ser eso, los vidrios se van para cualquier parte y se le clavan a uno en el cuerpo. Las veces que atendimos de estos casos en el hospital. Pero no, cuando fui a ver, ya estaba muerto. Acostadito quedó, como dormido. Mis gemelos. De bebés eran igualitos, como dos gotas de agua. Hace frío, ¿no?

Román

Estamos en invierno.

Alba

Pensaba ir caminando, es un lindo paseo si hay sol. Está en el cementerio que tenemos aquí cerca. Voy caminando y de paso estiro un poco las piernas, visito a mi marido. Ya que voy.

Román

Con tanta charla se le va a enfriar el desayuno.

Alba

Voy a desayunar abajo.

Román

Eso no es posible Alba.

Alba

Como antes.

Román

Nada es como antes.

Alba

Sacamos por hoy la cinta y mañana la volvemos a poner.

Román

La cinta no es algo que se pueda sacar y poner.

Alba

Tengo que bajar.

Román

¿Por qué se empeña en estropearlo todo? Habíamos logrado un sano equilibrio.
¿No? Todos estos días cocinando para usted, viendo que no le faltase nada.

Alba

Y todo tan rico.

De adentro de una bolsa, Alba saca, con rapidez, una gran tijera que enarbola sobre su cabeza.

Román

¿Qué hace? (Subiendo las escaleras) No sea chiquilina. (Por las tijeras) Vamos, deme eso.

Román hace un gesto para quitarle a Alba las tijeras, pero Alba saca de otra bolsa el insecticida y le apunta a Román.

Alba

Si se acerca disparo.

Román retrocede.

Román

Y estaría dispuesta a hacerlo. Todos estos meses viviendo bajo el mismo techo y estaría dispuesta a matarme.

Alba comienza a cortar la cinta. Román aprovecha que Alba está ocupada e intenta quitarle el insecticida. Alba lo rocía con el spray. Román baja desesperado.

Román

¡Yggggg!

Román se ha quedado sin habla, se esfuerza vanamente en emitir un sonido. Su respiración se agita, le cuesta llevar aire a sus pulmones. Román desaparece por la cocina. Alba sigue trabajando, hasta finalmente abrirse paso y bajar por las escaleras. A paso ligero, Alba sale por la puerta que da a la calle.

El escenario se oscurece, cae la tarde.

Se escucha un trueno y enseguida comienza a diluviar.

Suena el timbre.

Vuelve a sonar.

Román asoma desde su dormitorio, viste un pantalón, un suéter y un pañuelo al cuello.

El timbre vuelve a sonar.

Román va hacia la puerta de calle y sale.

Román (En off)

Pero nena, estás empapada. Pasá. Secate los pies primero. ¡Ahí, en la alfombra!

Entra Román seguido de Aída. Aída viene absolutamente mojada por la lluvia, chorreando agua. Con cuidado, saca una mano de entre su abrigo en el que protegía una pequeña caja.

Román

¿No tenés paraguas? Quedate ahí, no te muevas, voy a buscar algo para que te seques.

Román va primero hacia las escaleras, pero se arrepiente y va hacia la cocina.

Aída

¿Mi mamá está?

Román

No. ¡Por Dios, estas haciendo un charco en el piso! No toques nada.

Román sale.

Aída, mojada, con la cajita en la mano, está más ausente que nunca, frágil y lejana. Sin pensarlo, se va deslizando hasta quedar sentada en un sillón.

Entra Román con una toalla, un trapo de piso y un escurridor.

Román

¡El sillón! (Se abalanza sobre Aída y la saca) ¿No te das cuenta que es de terciopelo? (Dándole el trapo y el escurridor) Haceme el favor, secá el piso.

Román seca con la toalla el sillón. Aída, mientras pasa el trapo -sin soltar la caja- sigue chorreando agua.

Román

¡Dejá, dejá! (Le saca las cosas) ¿Vas a esperar a tu mamá?

Aída

Sí.

Román (Le da la toalla y se ocupa él del piso)

Entonces sacate esa ropa, si no vas a hacer un desastre. Tu mamá seguramente debe tener algo seco. Pero qué chica, parecés dormida. Andá.

Aída

Es mi cumpleaños.

Román (Incómodo)

Sí, claro. Feliz cumpleaños.

Aída

¿Mi mamá fue al cementerio?

Román

Sí.

Aída

Mi hermano murió el año pasado.

Román

Sí. Tan joven ¿no?

Aída

Tuvo que matarse.

Román

¿No querés subir a cambiarte?

Aída

Íbamos a salir a festejar con unos amigos. También llovía, por eso me demoré.
Cuando llegué, ya estaba muerto.

Román

Una tragedia.

Aída

Quedó sobre la cama; de mi mamá, (confundida) la de él.

Román (Por la caja)

¿Qué tenés ahí?

Aída que había olvidado la caja, recuerda.

Aída

Nuestro canarito.

Román

¿En esa cajita?

Aída

Sí. ¿Lo quiere ver?

Román intuye que sería conveniente no verlo.

Aída abre la caja.

Román mira adentro con precaución.

Aída pone su índice dentro de la caja y acaricia a Enrico.

Román

No se mueve.

Aída

No. Hoy por la mañana, cuando me levanté, lo encontré patitas para arriba, en la jaula.

Román y Aída se quedan mirando dentro de la caja.

Aída cierra la caja, sube las escaleras y sale hacia el cuarto de Alba.

Román se queda largo rato sosteniendo el trapo y el secador de piso, finalmente se acerca al aparador y comienza a sacar las botellas de whisky vacías, cuando termine con el aparador las irá sacando de debajo del sillón, de la biblioteca, etc. y las irá acomodando en el suelo y sobre los muebles.

Entra Alba, deja en el hall de recepción su paraguas y ya en el living comienza a deshacerse de las cosas mojadas.

Alba

Menos mal que llevé paraguas. De todos modos me mojé. No se da una idea de cómo llueve afuera. Estuve más de dos horas debajo de un techo, esperando a que parara... y nada. Tengo suerte si no me pesco una pulmonía, pero estoy segura que de una gripe no me salvo, tendré que pasar el fin de semana en cama. Pero qué iba a hacer, salir tenía que salir, es el aniversario de mi hijo. Hay que ver qué caras que están las flores. Un señor compró una docena de rosas. ¡Imagínese, rosas! Y a pesar del mal tiempo, había muchísima gente, tal vez por ser sábado. Mientras miraba a todas esas personas, en el cementerio, y después, en la calle, se me ocurrió que todas tenemos algo en común, todas tenemos algún ser querido muerto.

Román sirve whisky en dos vasos, de la botella que ya está por la mitad.

Román

Hoy está muy filosófica. Se ve que el paseo le hizo bien. En cambio yo, sólo cociné. (Ofreciéndole un vaso) Acompañeme.

Alba

No, nunca tomo.

Román (Impaciente)

Pero hoy sí, hoy tenemos dos cosas para festejar.

Alba (Toma el vaso)

¿Es también su cumpleaños?

Román

Festejaremos estos meses de convivencia. Primer brindis de la noche. Salud.

Alba

Salud.

Chocan los vasos y beben. Alba apenas da unos sorbitos.

Román

Alba, no quiero que lo tome como algo personal. Mis pensamientos, ya antes de que usted llegara a vivir aquí, eran: la convivencia no es para mí algo sencillo de sobrellevar. Pero me dejé convencer por el consejo de algunos amigos... Y aquí estamos, luego de todos estos meses, sabiendo lo sabido, esta convivencia no es posible. Usted es una mujer muy amable y estoy seguro de que rápidamente encontrará otro lugar en el cual vivir. El lunes termina el mes, creo que es el momento adecuado.

Alba

¿El lunes?

Román

Tiene unos días por delante.

Alba

Puedo tirar el insecticida.

Román

No es tan mezquino el motivo. Créame, Alba, va a estar mucho mejor en otra parte. No soy una buena compañía para mí, imagínese para usted.

Alba

Pero yo estoy feliz aquí. La casa es preciosa. Me gusta vivir con usted, le tengo cariño.

Román

No hagamos de esto una escena lamentable.

Alba

No me eche. ¡Por favor!

Román

¡No la estoy echando! Estoy decidiendo lo mejor para los dos.

Alba

¡No me quiero ir!

Román

No sea niña, Alba. No haga las cosas difíciles. Intentamos vivir juntos este tiempo, pero no fue posible.

Alba

¡Deme otra oportunidad!

Román

¡¿Para qué?! ¡¿Para terminar matándonos?!

Alba

¡No lo voy a molestar!

Román

¡No es usted! ¡Soy yo! ¡Yo! ¡Yo, no puedo vivir ni con usted ni con nadie! ¿Quiere salvarse Alba? ¿Quiere salvarse?

Alba

¿De qué?

Román

De quién.

Alba

¿De quién?

Román

De usted misma. No hay salvación. Usted no puede ayudarme y yo a usted... menos. Tiene que irse. ¿Me entiende? El lunes. ¿Me entiende?

Alba llora.

Román se sirve más whisky y sirve a Alba.

Román

Segundo brindis de la noche. Salud.

Alba

Salud.

Chocan los vasos.

Román

He preparado una estupenda cena de despedida, vamos a disfrutarla.

Alba ve por primera vez las botellas vacías desparramadas en la sala.

Román (Por las botellas)

Hace exactamente un año compré trescientas sesenta y cinco botellas de whisky.

Un buen número, ¿verdad? Y ésta es la última, esta es la botella trescientos sesenta y cinco. Es increíble lo que puede soportar un ser humano, increíble.

Aída entra desde el dormitorio de Alba, y se queda mirando hacia abajo, trae la misma ropa mojada y un revólver en la mano. Román y Alba no la ven.

Román toma una botella vacía, la alza y con una energía desbordada se desplaza por la habitación como un consumado espadachín, utilizando la botella como espada y acompañándose de sonidos. Acorrala a Alba, que a pesar del susto, no sale corriendo. Aída llama a su madre, dice la palabra mamá, pero el tono de su voz es inaudible.

Román

Quién lo diría, ¿no? Quién lo diría.

Román se aparta de Alba, intenta recuperar la respiración.

Román

¿Sabe Alba? Su filosófica reflexión me dejó pensando, no sólo todos tenemos un ser querido muerto, sino que todos, vamos a terminar muertos. En mi caso, espero que comido por los gusanos. Lo de la cremación no es lo mío.

Alba

Usted dice cada cosa.

Aída levanta el brazo con el arma hasta apoyarla sobre su sien.

Román abre el aparador y comienza a sacar la vajilla de porcelana, que va acomodando sobre la mesa.

Román

Mi mamá murió luego de siete años de agonía. ¿A usted le parece que eso es vida?

Alba

Mientras haya vida hay esperanza. La esperanza es lo último que se pierde.

Aída, toma coraje, cierra los ojos y se concentra en apretar el gatillo.

Román (Busca en el aparador)

Sin embargo los médicos la perdieron después del primer examen. El salero, falta el salero. ¿Usted lo vio?

Alba

No.

Román

Es el salero del juego. (Sigue buscando) Este juego lleva años con la familia. Lo trajo mi bisabuela de Italia, imagínese que no hay ninguna posibilidad de reponer la pieza.

Alba

Ya va a aparecer.

Román (Mientras sale hacia la cocina.)

La porcelana no tiene patitas. Sola, no va a aparecer.

Alba sigue a Román. Salen.

Aída, saca de uno de sus bolsillos el salero, se lo queda mirando sin dejar de apuntarse con el arma.

Román (En off)

No, no está. Ahora el juego ha quedado incompleto.

Aída baja el revólver que apuntaba su sien, baja las escaleras y deja el salero sobre la mesa.

Alba (En off)

No se preocupe, yo enseguida se lo encuentro. Para eso estamos las mujeres, para encontrar las cosas que se pierden en las casas.

Aída toma el arma con las dos manos y vuelve a subirla hasta apoyarla sobre su corazón.

Alba entra y ve a Aída.

Alba

Hijita, qué sorpresa. Feliz cumpleaños. ¿Se suspendió tu fiestita?.

Aída asiente, sin dejar de apuntarse con el revólver

Alba

No te compré nada, como no me avisaste que venías. Estas un poco pálida. Te mojaste con la lluvia. Era un diluvio. ¿Qué tenés ahí escondido? Mostrame. (Acercándose a Aída con precaución) Mostrale a mamá.

Alba descubre el revólver que Aída sigue sosteniendo contra su pecho.

Alba

El revólver de abuelito. ¿Y para qué lo trajiste, hijita?

Román entra trayendo una fuente con comida.

Alba

Contestale a mamá.

Román

¿Y, Alba? ¿Lo encontró?

Román deja la fuente sobre la mesa, recupera su vaso y se sirve más whisky mientras descubre a Aída.

Alba (a Aída)

Contestale.

Román

¡Aída! (A Alba) Se me olvidó decirle que tenía visitas. (A Aída) Nena, vos no habrás visto el salero ¿No? (Bebe. Registra el extraño clima) ¿Pasa algo?

Alba

Parece que con la lluvia se enfermó. Cuando era chiquita también se enfermaba. Una vez se cayó de las escaleras, estaba sola con el hermano y le salía sangre de la nariz. Yo estaba en el hospital trabajando y me la trajeron los bomberos. Vivían al lado de casa, los chicos estaban tan contentos de viajar en el camión rojo. ¿Te acordás hijita?

Aída niega. No consigue sostener más el revólver sobre su pecho. Busca nuevos puntos de apoyo. Román, aburrido, termina de preparar la mesa mientras sigue bebiendo.

Alba

Pobrecita. No son días para estar en la calle, uno puede pescarse cualquier cosa. Es más bien un milagro si uno no se lo pesca. Pero las mujeres en nuestra familia son fuertes, en cambio los hombres... Tu hermano, tu padre, tu tío, tu abuelo... (Se queda ensimismada, negando) Es una suerte ser mujer.

Aída, agotada, sube el caño del revólver y apoya la frente sobre éste.

Román

¿Es un revólver?

Alba:

Aída trajo el arma de la familia.

Román, con el vaso con whisky en la mano, se acerca a Aída para ver mejor.

Román

Yo usé uno igualito a ese.

Alba

¿En dónde?

Román

En La Gaviota, (Explica) la obra de Chejov, uno muy, muy parecido. (A Aída)

¿Puedo verlo?

Aída introduce el caño del revólver en su boca.

Alba

¡Hijita! No te pongas cualquier cosa en la boca. No está desinfectado, te podés pescar una enfermedad.

Román

El revólver no aparecía en escena, pero de todos modos buscamos uno de la época.

Alba

Hace caso hijita, es peligroso.

Román (Acercándose a Aída)

¿Me lo prestás?

Aída retrocede, mientras quita el revólver de su boca y apunta a Román.

Román

Enseguida te lo devuelvo. (Acercándose peligrosamente al arma) Tenía tu edad cuando hice Trepliov. Nada de todo lo que vino después fue tan bueno.

Román estira su brazo para tomar el arma. Aída aprieta el gatillo, el revólver se dispara.

Fuerte detonación.

Román se asusta con el inesperado disparo.

Alba grita y se oculta para no ver.

Aída parece despertarse luego del estampido.

Román (Azorado)

Es de verdad. (Busca en su cuerpo alguna herida) Nada. Ni un rasguño.

Alba escucha la voz de Román y se atreve a mirar.

Román (Alegre)

Nada de Nada. Nena, por poco me matás. (A Alba) Su hija está loca. (A Aída, en un incontrolable ataque de risa) Aída querida, estás completamente loca. Por poco me matás. Si estoy vivo es de puro milagro. ¡San Román, el milagroso!
¡Pasen y vean señores! (A Aída) Con este numerito salimos de gira y nos hacemos millonarios. (Todavía riendo, busca) ¿Y la bala? ¿Dónde fue a parar la bala?
(Mientras busca, sigue bebiendo) En algún lugar tiene que haber un agujero.
¿Alguien lo ve?

Aída se acerca a Alba, pone en su mano el revólver.

Román (Buscando)

Si estoy vivo es de puro milagro. Y convengamos que yo en los milagros no creo.

Aída da un beso en la mejilla de Alba.

Aída

Chau mamá.

Aída va hacia la puerta de calle.

Román (Que sigue buscando)

Más bien soy algo así... como un pesimista por naturaleza.

Aída (A Román)

Sobre la mesa.

Román mira a Aída y se acerca a la mesa, ve el salero, lo levanta y descubre que la bala lo ha traspasado dejando un perfecto agujero.

Román (Mira a Aída)

Qué puntería. Ojo de lince. Dónde pone el ojo, pone la bala.

Aída

Adiós.

Aída sale.

Alba (Reaccionando)

Chau hijita, abrigate.

Román

Bueno, recuperamos el salero. (Deja el salero sobre la mesa y levanta la tapa de la fuente con comida) Mmm, estoy muerto de hambre. Esto debe estar helado.

(Toca la fuente) No, fíjese que no. ¿Comemos, no?

Alba

Si le parece.

Alba se acerca a la mesa, todavía con el revólver en la mano, no sabe qué hacer con él, da una vueltas por la sala con el revólver en alto. Román sirve la comida.

Alba, sin saber qué hacer, decide guardar el arma en un bolsillo.

Román

La noche antes de irse mi papá le dijo a mi mamá: Ese es un bueno para nada.

Alba

Si, hay gente que es buena para nada.

Alba se sienta a la mesa.

Román

Bueno para nada... Yo tenía cuatro años. Es extraño, ¿porque estaría hablando de mí justo antes de irse?

Alba

Quién sabe. Y con su mamá muerta. Y su papá seguramente muerto también... No le vale la pena perder el tiempo con esas preguntas Román, no tiene quién se las conteste.

Román

No, parece que no.

Román y Alba comen.

Román: (Por la comida)

¿Qué le parece?.

Alba:

Delicioso.

Román

No tiene gusto a nada. Cociné sin sal por usted.

Alba

¿Por mí?

Román

Bueno, usted sufre de hipertensión.

Alba

No

Román

¿No?

Alba

No. De retención de líquido. Si como con sal, inefablemente me hincho como un sapo.

Román

Una pizca no le va a hacer mal.

Román toma el salero y con cuidado saca un poco de sal por el nuevo agujero. Se lo pasa a Alba.

Román

Tenga cuidado con el salero. Ahora tiene que usar los agujeros nuevos.

Alba agrega sal a su comida. Román y Alba comen.

Román (Por la comida)

¿Y?

Alba

Mejor, mucho mejor.

Román y Alba siguen comiendo mientras la luz baja hasta llegar a la oscuridad total.

FIN

Mónica Silver. Correo electrónico: silver.monica.silver@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2010

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. Correo electrónico:

correo@celcit.org.ar